

«¡Mi esperanza está en ti! Líbrame de mis pecados; no dejes que los necios se burlen de mí.»

(Salmos 39.7-8)

Tras tu huella

Autor: J.Carlos Unhomas

Esta obra se encuentra sujeta a los términos y condiciones de la *Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivs License*, que en pocas palabras viene a decir que eres libre de usar, mostrar, copiar y distribuir esta obra respetando siempre que:

- se cite al autor (J.Carlos Unhomas)
- no se use para fines comerciales sin su consentimiento
- no se transforme el contenido de la obra (incluyendo los términos de esta licencia).



<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/es/>

Supongo estarán de acuerdo conmigo en que un patrimonio cuyas rentas apenas permiten adquirir la comida necesaria para no desfallecer de hambre, no otorga a su poseedor la condición de hombre afortunado. Ya, ya sé que lo primero es la salud, y de ésta, gracias a Dios, no puedo quejarme; pero de qué me sirve si ningún capricho, alguno del amor, puedo adquirir con mi pobre peculio. Es como el pájaro que presume de la jaula donde vive ante quienes de su especie vuelan en el espacio abierto. No obstante soy feliz; sé que este mi encierro está a punto de terminar. «¿Por qué?», me preguntarán. No me hagan reír; ¿creen que mi ingenuidad llega hasta el extremo de hacerles partícipes de esta dicha? Si así lo hiciera, al llegar, ya otro se me habría adelantado.

Algo de esto debió intuir el funcionario a quien esta mañana pregunté sobre los lugares de venta de ciertos números de lotería. Quería saber mi interés por ello. Conociendo como conozco el corazón humano, desde la noche en que tuve el sueño consideré oportuno alegar razones de maniático coleccionista por una variedad de números, entre ellos el que será premiado. Cientos de kilómetros separan de su ubicación, imposibles de abarcar salvo desechando los caminos falsos. Lo tenía bien pensado: esperando hasta el momento de hacer imposible el tiempo necesario para recorrerlos todos antes del sorteo, llevaba a quienes intuyesen la verdad de mis pesquisas a una reducidísima probabilidad de optar por el número correcto. No pude más que sonreír cuando en la mirada del funcionario adiviné sus reservas al respecto: «Si es como dice, ¿por qué ha esperado tanto? Debería haberse informado antes.» «Eso he hecho –digo– con los ya encontrados, pero de éstos no han sabido darme referencia; y he pensado que tal vez usted...» Una discreta adulación, aunque sea falsa, siempre predispone a favorecer los intereses propios, lo sabemos todos. Halagado por saberse dueño de algo que los demás ignoran, desea hacerse de rogar: «No sé si debería», aparenta duda donde sabe no existe ningún problema. «Por favor, sabe que cuenta con toda mi discreción –y aquí cometo un grave error–; si es por dinero.» ¿Por qué se me habrá ocurrido? El dinero, al margen de norma legal que autorice su pago, es soborno contra la integridad de cualquier burócrata. Me esfuerzo

por aplacar su justificado enfado: «Perdone, no fue ésa mi intención; sólo me refería a los gastos en que pueda incurrir por su gestión.» «Además –leo su pensamiento confirmando la anterior sospecha–, si está dispuesto a pagar es que la información lo vale.» Hemos llegado a un punto de mutua desconfianza. Si le digo la verdad es seguro que querrá participar. Hago ademán de irme apenado por su actitud. «Sea, aunque no debiera», desiste por fin... No comprendo este su repentino cambio; si me sabía conocedor de cierta información privilegiada debería haber insistido más antes de dar la suya... En fin, él sabrá. Lo importante es que ahora sé hacia donde voy.

Cinco ocho cero cinco ocho, casi capicúa. Hasta en el peor momento de mi vida siempre supe que tendría éxito; era una íntima sensación tan real como que ahora viajo al encuentro de este número. Quizá su precedente sean aquellos sueños infantiles donde del suelo recogía multitud de monedas que sólo a mí estaba dado ver. Quién sabe. La realidad es un conjunto complejo donde los actos de nuestros sueños no sólo son su parte, sino que influyen sobre los que hacemos despiertos, y a la inversa. Si lo sabré yo bien. Nada de lo hecho hubiera sido sin la duermevela del otro día. Lluvia de billetes con la voz repitiendo el número: «cincuenta y ocho mil cincuenta y ocho, cincuenta y ocho mil cincuenta y ocho...» Qué hermosa es la vida con un futuro prometedor; parece distinta siendo todo igual. ¿Qué digo igual? Yo mismo he cambiado.

Diez décimos (un número completo) será suficiente. Para qué más; la avaricia rompe el saco. Una casita en el campo y a vivir modestamente con lo que el banco me dé a un buen interés. Nada de alardes de riqueza propicios a la envidia, cuando no a enfados de quienes seguro considerarán de justicia ser ayudados por los favores que en su día dirán haberme hecho, y si digo que no me acuerdo (no por mentir, sino porque es la pura verdad), insistirán hasta hacerme daño. Mejor seguir como hasta ahora: secretismo y que cada cual piense lo que quiera...

–¿Está libre?

–Sí, puede sentarse.

–¿Eh?...; oiga, ¡qué casualidad! No se acuerda de mí.

¿Será posible? Es el funcionario de esta mañana.

–Pues no..., ahora no caigo.

–Sí hombre, sí; yo soy quien le ha informado de las direcciones donde comprar los números de lotería.

–Ah, ya.

–Qué, ¿a comprar uno de ellos? Precisamente yo voy también hacia allí... Si quiere puedo hacerlo por usted; de este modo tendrá tiempo para adquirir los demás.

–Se lo agradezco mucho, pero me cae al paso... Ya sabe.

–No, no sé. Si no recuerdo mal las direcciones de los otros son contrarias a ésta... Baje en la próxima parada y tendrá tiempo de coger el autobús de regreso.

Debí imaginármelo. Qué zorro; ahora lo comprendo; ha dejado que yo mismo me descubriera... ¡Uf!, cómo sudo.

–Bueno...

–Nada, no se hable más. Era el cincuenta y ocho mil cincuenta y ocho, ¿verdad?

–Sí, creo que sí... Adiós; muchas gracias.

¡Maldita sea!; me ha engañado. ¿Pero qué otra cosa podía hacer? Si me empeño en seguir, me hubiera delatado. Seguro se estará preguntando si no es ahora cuando voy a comprar el número que será premiado. No tiene ninguna prueba de lo contrario.

Se me está haciendo tarde. No puedo esperar al próximo autobús. Cogeré un taxi.

Como las moscas a la miel acuden cuando saben puedes darles algo. No era así antes. He ido cientos de veces a llamar a sus puertas y siempre me han despreciado. Claro, con este aspecto, qué podían esperar. «Un pordiosero –pensaban–, que vaya a otros a pedir, ya tengo bastante con mis problemas.» Y qué culpa tengo yo que asocien mi persona con más problemas. ¿Acaso lo es intentar salir del pozo? Me he esforzado yendo de aquí para allá buscando, al

igual que ellos, un mejor porvenir. Lo siento, el presente no me gusta: sufro tanto...

Ahora que lo pienso: debí darle mi dirección para hacer más creíble su propuesta. Si no sabe dónde vivo, ¿cómo podrá darme el número? Esto demuestra que miente en lo que ha dicho; era su obligación habérmela pedido. Tiene gracia; tanto seguirme hasta el autobús, para perder mi rastro. Muy convencido debía estar en ese momento, pero después de ver la facilidad con la que me he ido, la duda habrá de nuevo vuelto a él. Pobre hombre; a pesar de todo me cae simpático. Con sus sospechas da palos de ciego sin saber, a ciencia cierta, dónde está mi suerte.

—¡Como aquélla, como aquélla es la que me gustaría tener!

—¿Cómo dice? —me mira por el retrovisor.

—No, sólo pensaba en voz alta... Me refería a que este paisaje es muy hermoso, y como tengo planes de comprarme una casa, me gustaría hacerlo por aquí.

Se ha callado. Creerá que no estoy en mis cabales. No es normal decirle a nadie, incluso a un taxista, lo que uno piensa. Las emociones me hacen desbarrar. Por qué, si no, hablar a la patrona sobre la búsqueda de otro inquilino, que yo me iba. «Ah, no; antes tiene que pagar su deuda.», era lógico pensara esto después de la llorona de la otra noche para que no me echara; pero no podía esperar. Tanto tiempo aguantando sus impertinencias sin poderme desquitar. Se ha quedado de una pieza cuando la he llamado vieja bruja. «Sí, como oye: vieja y bruja; no se merece otro calificativo.» No daba crédito a mis palabras. Ella, que por caridad cristiana me ha mantenido durante estos años —lo que hay que oír—, era víctima de sus buenas obras. Habráse visto; ¡qué desfachatez! «Por necesidad, señora, por necesidad he permanecido en esta su casa, que no por gusto»; ¿o acaso lo es el menú de acelgas cada día y una habitación sin ventanas al exterior? «De mi alquiler todo es beneficio para usted.» No le estaría mal empleado irme sin pagar. Que aprenda a no robar.

—¿Por dónde quiere que le deje?

–Ah, ¿ya hemos llegado?

–Depende de adónde vaya.

–Sí, bueno, ya está bien; por aquí mismo.

Definitivamente sospecha de mi salud. Hay que ver qué gestos hace. Ande, cóbrese y deje de mirarme con esa cara...

Será majadero; se va riendo. Más razón tendría yo si supiera mi feliz destino frente al anodino suyo. ¡Ea!, déjalo y sigue tu buena estrella. Allá cada cual con sus motivos.

Ahora lo importante es no volverme a encontrar con el dichoso funcionario. Si me viera ya no tendría ninguna duda al respecto. Debo esquivarlo sea como sea. Siguiendo por los callejones será más fácil. Veamos; por aquí hay poca gente.

¡Viva! Revienta corazón. Me pondría a saltar de alegría. Y decir que hasta hace poco era un hombre desdichado. Cómo cambia la vida. Aunque las nubes, ocultando al sol, amenazan lluvia, tú eres el radiante día de mi ilusión. Corre, no te detengas, la dicha es tuya...

Ahí está. No tiene nada de particular, es una administración de lotería como tantas otras.

–Por favor, deme un número del cincuenta y ocho mil cincuenta y ocho.

–¿Cincuenta y ocho mil cincuenta y ocho?

–Sí, eso he dicho.

–Lo siento, los últimos los he vendido hace un rato. Pero no se preocupe, aún me queda el cincuenta y ocho mil cincuenta y siete que, por sólo un número, para el caso es lo mismo; ¿no le parece?

–¡Imposible!

No es posible. ¿Qué me ocurre? Desfallezco. Nada veo en derredor...

– ... Oiga, buen hombre, despierte –me golpean en la cara.

–¿Queé?, qué ha pasado.

–Se ha desmayado. No pensaba le afectara tanto lo que me ha pedido.

–¿Lo que he pedido?

–Ese número: el cincuenta y ocho mil cincuenta y ocho.

–¡¡Ah,sí!; es necesario,tengo que conseguirlo, es cuestión de vida o muerte!

–Cálmese, no se excite. Aquí, en la finca de al lado, vive quien lo ha comprado. Se llama Francisco Buendía. Si le insiste tal vez acepte compartirlo.

–Gracias, muchas gracias; no sabe cómo se lo agradezco.

Que idiota he sido. Pensar en quienes pudieran saber sin percatarme de esta posibilidad. A qué esperar tanto; debí comprarlo antes. Me pasa por demasiado precavido... Ésta debe ser. Sí, en el buzón lo pone: cuarto piso derecha... Pero cálmate, piensa un poco, no cometas un nuevo error. Lo más correcto será seguir como hasta ahora: razones de maniático coleccionista me obligan a adquirir el número. Veamos; toco el timbre: «Está don Francisco.» (Lo llamo por su nombre y con el don delante para darle un aire de familiar importancia.) «Pues no, en este momento no está.» En este caso pregunto a qué hora cree que volverá, y me retiro hasta llegado el momento. Si no es así, le explico lo del lotero y mis razones antedichas. Eso es. Todo muy convincente y sin darle demasiada importancia. Mejor no coger el ascensor para tranquilizarme mientras subo.

Es normal, seguro querrá algo a cambio; y sólo tengo el dinero que vale un número: diez veces el precio del décimo. Si pide más tendré que apelar a su buen sentido. Muy cruel debería ser para no apiadarse de mi pobre aspecto... (Ya he llegado.) Esperemos no lo sea.

¡Riiín!

Alguien mira por la mirilla. Mejor no darme por aludido. Se ha ido. Qué cotilla... De nuevo mira. Cuchichean.

–¿Qué desea?

–Ah, hola, buenas...; bien, vengo del lotero... O mejor, no, ¿está don Francisco?

–¿Francisco mi marido?

–Supongo.

–¿Cómo que supone?

–Verá, yo es que vengo del lotero y me ha dicho...

–¿De qué lotero?

–Del de abajo, el que vende lotería. Me ha dicho (porque yo colecciono números, ¿sabe?) que lo ha tenido pero no lo tiene...

–¡Francisco, sal un momento que aquí hay un hombre que no sé lo que quiere!

Vaya lío me estoy armando. Y todo por culpa de las mujeres. A quién se le ocurre entrometerse ella... Mejor así. Anda, vete.

–Hola, mucho gusto. ¿Usted es Francisco Buendía?

–Así me llaman.

–Verá, yo es que colecciono números de lotería y me han dicho en el despacho de aquí abajo que los últimos del que yo quiero los ha comprado usted.

–He comprado varios.

–En concreto el que a mí me interesa es el cincuenta y ocho mil cincuenta y ocho.

–Sí, tengo dos.

–¿No le importaría venderme uno? Son mañías de coleccionista. Desde que empecé los tengo todos de cada año, y éste sería el primero en faltarme.

–Pues no sé...

–¡Paco, ven enseguida!

–Perdone.

–Sí, vaya; no se preocupe.

Será pesada. Ésta como la patrona, con tal de dar la lata no saben qué hacer. Pues va lista si piensa volverme a ver; que la aguante su abuela. Eso es: no vuelvo. Hoy paso la noche en un hotel, y mañana le pido crédito al banco previo depósito del boleto. Pero qué le dice; parecen discutir... Ya salen.

–Lo sentimos mucho; tenemos compromisos de familia y no podemos venderle ninguno.

–Por favor, señora, no me haga esto. Yo estaría dispuesto a pagar más de lo que vale.

–No es cuestión de dinero...

–Qué le parece el doble de su precio.

–Como le digo el dinero es lo de menos...

–Y cinco veces más.

–¿Tanto le interesa?

–No lo sabe usted bien... Mire, les pago ahora.

–De acuerdo. ¿No te parece, Paco?

–Sí, cariño... Pero, ande, no se quede ahí; pase al comedor.

Sanguijuelas asquerosas; lo sabía: «no es cuestión de dinero», y al verlo no os habéis podido resistir. Puerca vida.

–Aquí lo tengo: cincuenta y ocho mil cincuenta y ocho. El número realmente es bonito. Aunque no lo es suena a capicúa.

–Cuenta el dinero y mañana volveré a darles el resto.

–Muy bien, aquí lo tendrá.

–¿Cómo?

–Claro; ¿no pensaría llevárselo ahora? Una vez hecho el sorteo este boleto valdrá lo que su papel impreso o –quién sabe– millones.

–La duda ofende. A mí no me interesa el premio.

–Estamos de acuerdo, pero la tentación es grande y tal vez mañana su opinión sea otra.

–Lo mismo puedo pensar yo de ustedes.

–Quien manda impone. Ésta es nuestra condición.

Y qué hago ahora; esta bruja es capaz de negármelo. Será mejor conformarse con menos. (Alguien llama.)

–Paco, ve a ver.

No puedo irme así. Mañana sabrán que el número es premiado y lo habré perdido todo...

–Está bien; deme al menos su equivalente.

–¡Un momento!

–¿Qué pasa?

–Este hombre también lo quiere.

¡Tierra, trágame! Es él.

–Vaya, vaya; mira quién está aquí. ¿Pues no le dije que no se preocupara, que ya lo compraría yo por usted?

–Sí; no sé... Creía, yo pensaba que... ¡Eso es!: usted no me pidió la dirección.

–¿La dirección?... Ah, claro, la suya. Es verdad, se me olvidó... Pero qué importa esto ahora. Lo importante es el número, y según me dice el señor Francisco a usted le falta dinero para comprarlo.

–Faltar faltar, no es que me falte; sólo ocurre que no lo llevo todo encima.

–Da igual, para nosotros es lo mismo: o paga o nada.

–No se preocupe, señora. Vamos a ver: ¿cuánto es?

–Diez veces su precio.

–¡Oiga!, que yo sólo le ofrecí cinco.

–Hemos cambiado de opinión. Si no están de acuerdo ya pueden irse. Acompañaes, Paco.

–No se altere; los malos modos no conducen a nada. Yo sí puedo pagarle. Tome: uno, dos, tres..., y diez. ¿Está de acuerdo?

–Oh, sí; es usted muy amable. Paco, dale el número.

–Aquí tiene, señor. Da gusto hacer negocios con usted.

–¿Y yo? Quién se acuerda de mí.

–Vamos, ya pensaremos qué hacer.

–Eso es, entre amigos la cosa es más fácil.

–Pero oigan...

–No sea impertinente y sígame... Adiós.

–Adiós... Que tengan suerte.

No, si al final resulta que el pagano soy yo. Hay que ver cómo corre; ni siquiera ha tenido tiempo de esperar al ascensor. ¡Hala!, y encima tropezando. Aun me voy a descalabrar bajando por aquí. ¡Maldita sea mi suerte!

–¡Eh, oiga, espéreme; no vaya tan deprisa!

No cabe duda: éste pretende desembarazarse de mí. Va listo si piensa

conseguirlo. Estaría bueno; después de tanto trabajo me lo llevo todo y ahí te quedas. Será cochino.

–¿Es que no me oye?

–¡Suélteme!

–Cómo que le suelte. Tenemos que aclarar nuestra situación.

–Le digo que me suelte... ¡Ya está bien, por favor!

–No hace falta que grite tanto. Yo sólo quiero lo mío.

–¿Lo suyo? Mañana lo tendrá; y esto si paga.

–No fue lo convenido.

–Lo convenido fue que lo compraría yo por usted si antes me paga.

–Muy bien, aquí tiene; deme al menos un décimo.

–Y mi ganancia qué. Exijo la misma de quien me lo ha vendido: nueve veces su precio.

–Pero es injusto. Usted ha sabido de esto gracias a mí.

–Por lo mismo quiero más. Los dos sabemos que lo vale.

–Ladrón. A tortas te lo voy a dar.

–¡Policíaaaa! ¡Ayúdenme!...

– ... Sujetadlo. Ha intentado robarle.

–Paso a la autoridad. A ver, ¿qué pasa?

–Agente, somos testigos: el miserable golpeaba a este pobre hombre queriéndole quitar la cartera.

–No, si ya se vé. Tiene todas las trazas de un delincuente.

–Hasta en plena calle. A dónde vamos a llegar.

–Bien, basta de juicios y circulen. Ustedes, vengan conmigo; en la comisaría aclararemos todo.

.....

Qué miras; estás aquí porque quieres. Si yo tuviera ese agujero tampoco me importaría. Pero ya ves, es demasiado pequeño para que pueda entrar y salir como tú... Toma. Anda, ven; no tengas miedo. Es curioso, ni en el calabozo la

libertad es la misma: se ha ido. La tentación del trocito de queso será suficiente para hacerle volver; o al menos eso lo ha sido en mi caso. Mira que pensar que algo bueno me podía ocurrir. Seré iluso. A otros quizás, ¿pero a mí? Era, a fuer de objetivo, lógica la ruina final cuando los demás pleitean por el mismo cielo; y el funcionario lo sabe, está seguro del mío: dentro de unas horas podrá ser todo lo que quiera ser. Varios cientos de millones dan para ello, para elegir su propio destino; ahí es nada. Ganas me dan de romperle el cráneo. Si pudiera lo fulminaba, por chorizo. En el estercolero, donde todos mean y cagan, no es justo me deje cuando yo debiera ser él. Puedes estar seguro, me las pagarás; no cejaré hasta hacerte probar tu mierda. Y a vosotros: pueblo inepto, culpables también de mi desgracia. ¡Ya has caído!; menudo estacazo te he dado. No consiento la impertinencia de ningún asqueroso ratón. Al retrete con él; es su sitio, como el de toda esa gentuza que no dejan de jorobar la marrana. Otro gallo nos cantaría sin ellos... Cada vez que lo pienso se me revuelve el estómago. Ni siquiera uno —todos a coro: «nosotros lo vimos»— defendió mi causa sabiéndola del número premiado; y el otro dale que dale: «Sí, señor agente; este hombre quiso robarme.» Con semejante tropa fue seguro mi encierro. Qué otra cosa podía hacer —«no se preocupe, mañana le soltarán»— para librarme de esa jauría. A fin de cuentas es lo mejor; si los dejo me linchan: no creían en mi razón de inocencia... Buena la he hecho; ¿y ahora qué hago? Por de pronto saldar la deuda (con todo el dinero del décimo). De este modo creará que las cosas han cambiado y tendré crédito para varios meses. Es cascarrabias pero buena mujer, y se atenderá a razones. Dónde, pues, otro inquilino que le dé lo que yo. Aunque tarde soy pagador y le causo pocas molestias. Sé que en el fondo me quiere; no como éste: «aquí estuvo un olvidado del mundo». Mal debía estar para escribirlo en la pared, o tal vez pensó dejando constancia aligerar las penas de los que viniéramos después. Quién sabe. Desde luego no creo gratifique mucho saberse el último de la fila: mirar atrás y no ver a nadie. Debe ser desolador. Aunque mirar delante y tampoco, también lo es: la nada del todo hecho... ¡Bah!, no dejan de ser elucubraciones sin ningún fundamento. Los extremos no se dan; cada cual lleva su

cara y su cruz, y siempre hay algo de qué preocuparse. Porque, ¡qué caramba!, si del trabajo sale el sudor, del dolor sale la queja, y no es justo me quiten lo mío. Es el pasado quien legitima la propiedad a través del esfuerzo cuando en el presente llega el momento de disfrutarlo. Si entonces estuve solo, debería seguir igual. Pero, no, las arpías siempre vigilan el menor descuido. De buena gana le rompía el cráneo. Suerte tienes de no estar conmigo. Por contentos pueden darse los Pacos de sus mujeres; si no es por ella, allí mismo lo descalabro. Me engañó aquello de «entre amigos es más fácil». Hasta llegué a creer, dispuesto como estaba a compartir el número, que me lo daría en su integridad. Seré ingenuo; debí cogerlo y echarme a correr. En cuestiones de dinero no hay amigos... Amanece. Todo se ha perdido. Volver a la rutina de siempre, una hora tras otra sin esperanza; ¿hay mayor tristeza? Desde este lado la alegría ajena duele más. No sé si podré con ella... Sea como quiera; me da igual; ya nada importa. Han sido muchos años y estoy cansado para empezar de nuevo. Queden las monedas en el suelo. Fui feliz creyendo hacerlas mías. Sin nada, un simple sueño donde andar la realidad. (Escucha: si te pregunta dónde has pasado la noche, dile que en casa de un pariente –por ejemplo, de un hermano. Creo haberle dicho que tengo uno por ahí–, pues si sabe que en la cárcel ya puedes dar por hecho que te quedas en la calle; y entonces sí ibas a saber lo que es bueno.) Al despertarme tuve una impresión tan clara que no cabe ninguna duda al respecto: el premiado es ése. Miserable. Si pudiera... ¡Ah!, no hay manera de quitarme el frío. Por si fuera poco, qué camastro; en casa estoy mejor. Mi vaso de leche bien caliente, apago la luz y me duermo arrullado por su voz. Porque hay que ver si en la radio ocurren cosas: que si un accidente por aquí, que si otra guerra por allá...; y yo –dulce sopor– tan a gusto en mi cama...

–¡Eh, vamos, despierte!

–¡Aaaah! Qué sueño.

–Ya está bien. Deje de bostezar y sígame.

–¿Qué hora es?

–Más de las cinco.

Uf; a poco más y duermo otra noche en este tugurio.

–¿A dónde vamos?

–Yo a ninguna parte; usted a dejar constancia de su integridad física tras su paso por comisaría.

– ... ¡Hombre!, don Francisco; no sabía trabajase usted aquí.

–Pues sí, ya ve... Por cierto, ¿sigue interesado en ese número?

–¿Cuál?

–El cincuenta y ocho mil cincuenta y ocho.

–¿Es que no ha tocado?

–Díselo, Paco: ni la pedrea. Que sepa de qué han servido sus berrinches.

–¿Ni la pedrea? ¿El cincuenta y ocho mil cincuenta y ocho? ¿Está seguro?

–Tanto como que tengo también uno.

–Ni la pedrea. ¡Ja,já! Esto sí que tiene gracia.

–Se lo vendo por su precio.

–Por favor, don Paco, no haga usted tan mal negocio. Ayer le ofrecí cinco. ¡Ja,já! Y a su mujer –¿no se acuerda?– le dieron diez. ¡Ja,já,já!

–Ande, firme aquí y márchese.

–Diez veces por nada. ¡Ja,já,já!...

¡Oh, hermosa vida! Y pensar que a punto estuve de perderlo todo. Una por cada diez se estará dando de las tortas que no le di. Idiota. ¡Ja,já,já!... ¿Qué miráis? Sí, ya sé que está lloviendo. ¿Que me mojo? Y qué importa si sé hacia donde voy.